Giovanni Maria Vian
Exdirector de *L'Osservatore Romano*

El último papa

Retos presentes y futuros de la Iglesia católica

Traducción de Xavier González Rovira

DEUSTO

El último papa

Retos presentes y futuros de la Iglesia católica

GIOVANNI MARIA VIAN

Traducción de Xavier González Rovira

EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *L'ultimo papa*

© Giovanni Maria Vian, 2024
© Marcianum Press, Venecia, Italia, 2024

© de la traducción, Xavier González Rovira

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: abril de 2025
Depósito legal: B. 4.337-2025
ISBN: 978-84-234-3891-4
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prefacio 9

Escenarios

Rezar, un arte cotidiano del vivir 15
El diablo y el misterio del mal 19
Redescubrir la sexualidad humana 24
Actos impuros 28
Celibato sacerdotal 33
Sínodos y concilios 38
El declive del arte sacro 43

Revoluciones

Alemania y el complejo antirromano 51
Los jesuitas deben disolverse 56
El prisionero del emperador 61
Edgardo, secuestrado 66
Ayuda de Francia 70

Tiempos modernos

El papado e Italia 77
Pío X, el revolucionario 82
Sacerdotes y dinero: estafados o estafadores 102
La oscura historia del IOR 106
En los orígenes de los vaticanistas 111
Retrato de Pacelli en claroscuro 116
Los papeles de Pío XII 121
Montini escribe 126
Wojtyła según el portavoz 131
Esa tentación de hacer santos a los papas 134
Secretarios de Estado 139
Secretarios 144
Mujeres en el Vaticano 149

Ratzinger

De Baviera a Roma 157
Los novísimos 160
El diálogo indispensable con el judaísmo 165
Dejar el papado 170
El desapego del poder 175
Teólogo y pastor 177
Qué es el cristianismo 181

Bergoglio

Entre la realidad y la imaginación 189
Un mundo dividido 194
Años polémicos y nudos sin resolver 202
Una nueva ley para el Vaticano 210
El Opus Dei en el purgatorio 214
Tormentos ucranianos 219
Las críticas del cardenal jurista 224
Operación fallida 228

Perspectivas

Pero los puntos de inflexión no serán irreversibles 235
Desconocidos y cada vez menos europeos 237
Sin Ratzinger 242
Orden del día de la sede vacante 246
El nombre del sucesor 249

Rezar, un arte cotidiano del vivir

La historia llamó la atención en *The New York Times*. A principios de 2023, las diez monjas carmelitas de Cypress Hill, en Brooklyn, abandonaron el monasterio por un lugar más tranquilo en el corazón de la Pensilvania rural. Después de veinte años, el bullicio de la ciudad —ya incluso por la noche— se había vuelto incompatible con el silencio, característico de su decisión existencial y de jornadas que empiezan al amanecer y están marcadas por los tiempos de la oración.

De este modo, Nueva York sólo cuenta ya con cuatro monasterios de vida contemplativa: dos en Brooklyn, uno en el Bronx y otro en Queens. «Es una gran pérdida porque sé lo mucho que quieren a esta ciudad y a sus vecinos», declaró un benefactor que ayudó a las monjas a construir el nuevo monasterio, a unos cincuenta kilómetros de Scranton. A cambio, con un ápice de nostalgia, la madre Ana María confirmó que las carmelitas seguirán rezando por Nueva York.

Esta pequeña historia relatada por el gran periódico estadounidense parece una paradoja: justo cuando la experiencia de la oración cotidiana parece haberse vuelto difícil —sobre todo en un contexto distraído y convulso como el de la metrópoli americana, símbolo de la contemporaneidad—, se sigue rezando. Y, de hecho, es precisamente por ese mundo por el que

se reza. Como, en realidad, se ha hecho siempre en las distintas tradiciones religiosas, naturalmente con muchas diferencias.

Hace más de medio siglo, en una colina de Borgoña, la vida monástica, marcada por la oración, de una comunidad fundada justo después de la Segunda Guerra Mundial por un protestante suizo, Roger Schutz, empezó a llamar la atención de jóvenes de toda Europa. El singular experimento monástico, nacido bajo el signo de la reconciliación entre las confesiones cristianas, fascinaba también por la oración que jalonaba el día de los hermanos de Taizé. Pocos años después, tras el Concilio Vaticano II, algo parecido sucedió en Piamonte con la comunidad, masculina y femenina, de Bose, que atrajo la atención de la cultura laica y contribuyó mucho al conocimiento del mundo ortodoxo. Y hoy, en Internet, las páginas de Taizé y de Bose —si nos limitamos a estos dos ejemplos europeos de espíritu ecuménico y eco internacional— son visitadas cada día precisamente por la posibilidad que ofrecen de orar y de pensar gracias a los textos antiguos y las reflexiones contemporáneas.

Décadas antes, justo después de la Primera Guerra Mundial, había llegado el éxito clamoroso de un texto publicado en Kazán en 1881, *Relatos de un peregrino ruso*, con su inolvidable comienzo: «Por la gracia de Dios, soy hombre y soy cristiano; por mis actos, gran pecador; por estado, peregrino sin morada, de la clase más baja, siempre errante de un lugar a otro». Al entrar en una iglesia durante la liturgia, el peregrino —que sólo lleva encima algo de pan seco y una Biblia desgastada— escucha las palabras de la Primera Epístola a los Tesalonicenses, donde hacia el final san Pablo exhorta a rezar «incesantemente».

Es la chispa de la que parten sus relatos. «Estas palabras penetraron profundamente en mi espíritu y empecé a pensar: ¿cómo es posible rezar incesantemente si uno debe por fuerza preocuparse también de otras tantas cosas para su propio sustento?», se pregunta el peregrino, que encontrará la respuesta en la «oración de Jesús» —también llamada «oración del corazón»— repetida de forma continua.

Esta fórmula es una adaptación de la que repite vivamente el publicano comparado con el fariseo en la parábola del Evangelio

según san Lucas. La brevísima oración —«Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador»— que se remonta a la antigüedad tardía, pero que difundió sobre todo el monacato hesicasta bizantino (del griego *hesychía*, 'quietud') como técnica contemplativa entre los siglos XIII y XIV. De ahí surgen precisamente los cuentos del peregrino, que en 1961 encantan a la protagonista de *Franny y Zooey*, de Salinger, y que Cristina Campo definió como «un gran tratado espiritual, una novela picaresca, un resplandeciente poema ruso y un cuento de hadas clásico».

Pero la oración atraviesa todas las tradiciones religiosas, como muestran los dieciocho autores del libro *Pregare, un'esperienza umana* [Rezar, una experiencia humana], ilustrado con fotografías de Sebastiana Papa y nacido del descubrimiento de un hilo rojo —el rosario, que une distintas creencias y confesiones— por parte de un antropólogo, Franco La Cecla, y una historiadora, Lucetta Scaraffia. «Este instrumento de oración nos dice algo interesante: que cuando la gente reza, lo hace de una manera muy parecida en la práctica, aunque pueda ser bastante diferente en los contenidos», que varían de las distintas confesiones cristianas a las declinaciones islámicas, del budismo al hinduismo. Ello sirve para «reafirmar algo que nuestro mundo, preocupado por los conflictos religiosos, pero también aquejado de un laicismo miope, ha olvidado: esto es, que la gente reza, que la humanidad, en su vasta y babilónica diferencia, reza. Lo hace porque busca la divinidad en su vida diaria y porque los hechos vitales deben revestirse de un sentido», escriben los dos editores, que definen la oración como «un arte cotidiano del vivir».

Las prescripciones y los tiempos de oración son diferentes según las religiones. Se reza cinco veces al día en el islam y tres en el judaísmo. De la tradición judía, los cristianos de todas las confesiones han tomado muchísimas cosas: los textos rezados y cantados (especialmente, los ciento cincuenta salmos) y los principales momentos de la oración diaria, al menos tres en las comunidades religiosas, como hoy día en Taizé y en Bose.

«Cuando sea la hora del oficio divino, ni bien oigan la señal», prescribe hacia el año 540 la equilibrada regla de Benito, inspiradora de todo el monacato occidental, «dejen todo lo que

tengan entre manos, y con gran rapidez, pero con seriedad, para que la disipación no encuentre alimento. Que nada, pues, se anteponga al oficio divino», lo que, en el latín de la *Regula* es, literalmente, «obra de Dios», *opus Dei*. Dos siglos más tarde, en la Siria ocupada ya por los árabes, Juan Damasceno resume la enseñanza de los autores más antiguos: «La oración es la elevación del alma a Dios o la petición que se le hace de lo necesario».

En los Evangelios es sobre todo Jesús quien reza, recogido en el silencio, y quien enseña con el padrenuestro cómo hay que rezar. Para responder a las «preguntas de hoy» y a duras críticas como las de Kant y de Nietzsche. Lo muestra de manera ejemplar y convincente el gran teólogo protestante Oscar Cullmann, experto en los orígenes del cristianismo, en su obra *La oración en el Nuevo Testamento*. Donde, entre otras cosas, se reconstruye la forma auténtica de la oración enseñada por Jesús (y transmitida por los evangelios de Lucas y Mateo), gracias también a los numerosos textos, algo anteriores, que fueron clamorosamente descubiertos entre 1947 y 1961 en Qumrán, en las inmediaciones del mar Muerto.

Basándose en los libros del Nuevo Testamento, ante la dificultad de rezar, Cullmann responde que el mal ya ha sido vencido, pero «puede abrirse paso y vencer *temporalmente*, y debe ser *combatido* por Dios: una paradoja que, sin embargo, debe verse a la luz de la victoria ya conseguida y de la que está por venir pero ya es segura». Lo demostró Bonhoeffer frente a Hitler con su última oración y su martirio, porque «con nuestras oraciones, nos convertimos en los *ayudantes* de Dios en la lucha contra el mal en el mundo».

Por supuesto, Dios «no necesita nuestras oraciones, pero las desea», resume Cullmann, como ha intuido maravillosamente Isabella Ducrot, una artista napolitana de noventa y cuatro años que ha representado el *Descenso del Espíritu Santo* en grandes obras sobre papel. Lo invocan figuras variopintas con los brazos levantados y extendidos hacia las pequeñas llamas que descienden desde lo alto, en un gesto ante lo inesperado. Que la propia artista, en su pequeño libro *I ventidue luoghi dello spirito* [Los veintidós lugares del espíritu], describe como «lo *posible milagroso* que hoy parece afectarnos de un modo nuevo».

El diablo y el misterio del mal

En el capítulo cuarto del Evangelio según san Mateo, se narran las tentaciones de Cristo. «Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al final sintió hambre.» La narración se encuentra en los otros dos evangelios sinópticos (el de Marcos y el de Lucas) y es comentada por Benedicto XVI en el primer volumen sobre Jesús de Nazaret. Con este «descenso a los peligros que amenazan al hombre», Cristo —escribe Ratzinger— «debe entrar en el drama de la existencia humana, atravesarlo hasta el final, para encontrar así a "la oveja perdida", cargarla sobre los hombros y llevarla de vuelta a casa», luchando con el demonio.

Es justo el diablo una figura que el papa Francisco no teme evocar continuamente, hasta el punto de que constituye un elemento relevante de su magisterio, aunque los medios de comunicación casi nunca lo dicen porque este rasgo no encaja en el perfil moderno y progresista que se le ha cosido encima. Jesuita de formación tradicional, Bergoglio, en cambio, siempre tiene presente la realidad del diablo.

Emblemático es lo que explicó el pontífice en 2016, recordando que, siendo arzobispo de Buenos Aires, predicaba a los niños el primer domingo de Cuaresma: «¿Por qué hacía esto el

diablo con Jesús? Lo hizo porque quería que Jesús se sometiera». Luego, junto con los más pequeños —en una fiesta y según un método teatral propio de los jesuitas desde hace siglos— «quemábamos al diablo. Era una forma de meditar con los niños sobre las dos banderas de san Ignacio. De un lado, estaba el diablo y, del otro, un ángel. Preparaba un diablo grande de tela y dentro metía petardos. Hacíamos la catequesis —y luego— le prendíamos fuego. Todo el mundo gritaba. ¡Era una explosión de petardos! Los niños se divertían. Era un teatro que los ayudaba a aprender. Para mí, era la manera de que hicieran el tercer ejercicio de la primera semana de los *Ejercicios espirituales*. En este ejercicio, san Ignacio quiere estimular la capacidad de condenar el mal y de suscitar el odio hacia el pecado».

Pero no basta con denunciar el mal, hay que «decidirse por una conversión», dijo Bergoglio cuando ya era papa. Y a los cardenales y a los prelados de la curia les dijo Francisco, refiriéndose a unas palabras de Jesús en el Evangelio de Lucas (11, 24-26): «Nuestra primera conversión nos devuelve cierto orden», pero el mal se presenta de nuevo y entonces son los «demonios educados» los que vuelven a entrar en nosotros, «sin que yo me dé cuenta. Sólo la práctica cotidiana del examen de conciencia puede lograr que nos demos cuenta, —porque— el demonio, una vez expulsado, vuelve; disfrazado, pero vuelve. ¡Tengamos cuidado!».

Más allá de las decenas y decenas de menciones al diablo, a menudo improvisadas u ocasionales, en 2018 el pontífice lo presenta al final de su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* «sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo». En la oración del padrenuestro —se lee en el documento papal— «terminamos pidiéndole al Padre que nos libere del maligno»: una expresión que «no se refiere al mal en abstracto», sino a «un ser personal que nos atormenta». Por tanto, no debemos pensar «que se trata de un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea». Tras aclarar este punto, el papa jesuita vuelve otra vez a la conciencia individual: el diablo «no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros reducimos nuestras defensas, él se aprovecha de ello para destruir nuestra vida».

La enseñanza de Francisco sobre el diablo está perfectamente en consonancia con la enseñanza tradicional resumida en el *Catecismo de la Iglesia católica*, reclamado por el sínodo de los obispos en 1985 y publicado en 1992. Según el texto, auspiciado por Juan Pablo II y coordinado por el cardenal Ratzinger, detrás de «la elección desobediente de nuestros progenitores» —el pecado original narrado al principio del Génesis— hay «un ángel caído, llamado Satanás o el diablo».

Esta creencia en una criatura angélica buena en su origen, pero que luego se rebela contra Dios, se encuentra ya en textos apócrifos judaicos y apenas se insinúa en la Biblia, para luego reafirmarse en el ámbito cristiano a finales de la antigüedad y en la Edad Media. Contra las doctrinas dualistas, que ven en el diablo el principio autónomo del mal, se pronuncian el Sínodo de Braga, en el 561, y, sobre todo, el IV Concilio de Letrán, celebrado en 1215: «El diablo, de hecho, y los demás demonios fueron creados por Dios naturalmente buenos, pero por sí solos se convirtieron en malos». Los teólogos dominicos y franciscanos, desde Tomás de Aquino hasta Duns Escoto, discutirán más adelante sobre la creación y la caída de estos seres espirituales, con especulaciones que llegan, a principios de la Edad Moderna, hasta el jesuita Francisco Suárez.

Pero la historia del diablo es mucho más antigua y complicada, como nos cuenta Ryan Stokes en *The Satan*, un libro innovador y claro. El biblista estadounidense investiga las transformaciones de las distintas figuras satánicas que aparecen en las escrituras sagradas hebreas, fechadas alrededor del siglo VI antes de la era cristiana o algo después. En principio, aparece un agresor sobrehumano que se convierte en verdugo en nombre de Dios, como en el capítulo 22 de los Números y en el tercero de Zacarías. Luego, en la redacción final del libro de Job, «el Satanás» empieza a convertirse en delator y en adversario del ser humano.

Estas entidades de rasgos indefinidos se multiplican. Son demonios y espíritus malignos —con nombres y perfiles diferentes, como príncipe de Mastema, Belial, ángel de las tinieblas— que pueblan las reescrituras y los desarrollos apócrifos de la Biblia.

Cientos de textos se conservan, en parte, en las lenguas originales (hebreo y arameo) y, en parte, traducidos al etíope o al eslavo antiguo, así como al griego y al latín.

A menudo, son relatos sobre el origen del mundo y sobre su destino, que —tras la destrucción del segundo templo en el año 70— pasan a formar parte de las dos corrientes en las que se divide el judaísmo antiguo: el judaísmo rabínico y el cristianismo. Basta hojear los *Apócrifos del Antiguo Testamento*, editados por Alejandro Díez Macho y Antonio Piñero Sáenz, las *Leyendas de los judíos*, recopiladas por Louis Ginzberg hace un siglo, o únicamente los libros del Nuevo Testamento para darse cuenta de la presencia inquietante del diablo.

El problema del mal se cierne sobre esta efervescencia de pensamiento. ¿Son los espíritus malignos los que engañan a los seres humanos? ¿Es Dios quien los ha creado? A estas preguntas responden afirmativamente tanto el *Libro de Enoc* como la reinterpretación bíblica de los *Jubileos*. Otros escritos, como la *Epístola de Enoc* y, en el Nuevo Testamento, la Epístola de Santiago, subrayan la libertad y la responsabilidad del hombre, mientras que en los textos de Qumrán se perfila la guerra sin cuartel entre la luz y las tinieblas que marca el final de los tiempos. Y es Juan, en el siglo I, quien identifica al diablo con «la serpiente antigua», el seductor de toda la tierra, en el capítulo duodécimo del Apocalipsis, el último libro bíblico.

En 1972, un cristiano abierto a la modernidad como Pablo VI habla del diablo. Se desatan reacciones y críticas contra el papa, que es considerado retrógrado y extemporáneo, porque Montini abre su larga reflexión —escrita de su puño y letra para la audiencia general del 15 de noviembre— de forma sorprendente: «¿Cuáles son hoy las grandes necesidades de la Iglesia? Que no os suene simplista, o justamente supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las grandes necesidades es la defensa de aquel mal que llamamos demonio».

El mal y el pecado, «perversión de la libertad humana y causa profunda de la muerte», de hecho, también son «causa y efecto de la intervención de un agente oscuro y enemigo, el demonio, en nosotros y en el mundo», dice Montini, quien describe esta rea-

lidad como «un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor» y afirma que «se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica quien se niega a reconocer su existencia». Y ante las señales de la presencia del diablo —«allí donde la negación de Dios se hace radical, sutil y absurda, donde la mentira se afirma hipócrita y poderosa»—, el papa recuerda las palabras atribuidas al apóstol Pedro: el cristiano «debe ser vigilante y fuerte».